



«La pasión de Sacco y Vanzetti», por Ben Shann (1932).

F. Brigneau

## EL CASO SACCO-VANZETTI

Uno de los procesos más vergonzosos de nuestro siglo fue el que se siguió en Estados Unidos contra los anarquistas de origen italiano Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. El 15 de abril de 1920, dos cajeros de un Banco de South-Bantrea fueron muertos por unos pistoleros. La Policía detiene a un anarquista italiano, Salcedo, amigo de Sacco y de Vanzetti. Estos organizan mítines de protesta, distribuyen panfletos. Salcedo se suicida saltando desde una ventana. Sacco y Vanzetti son detenidos. A Sacco se le ocupa una pistola. A Vanzetti se le acusa de haber conducido el coche de los asaltantes. Sacco protesta de su inocencia. Vanzetti asegura que no sabe conducir. No importa. Son italianos y anarquistas. De nada vale la confesión de Celestino Madeiros, que sí había participado en el asalto a los cajeros, en el sentido de que Sacco y Vanzetti no estaban con él. Las izquierdas, y no sólo las izquierdas, de todo el mundo protestan. Nada sirvió de nada. Sacco y Vanzetti pasarían siete años en sus estrechas celdas a la espera de su ejecución. Esta tuvo lugar en la noche del 22 al 23 de agosto de 1927 (1).

(1) De Charlot a Hitler. El caso Sacco-Vanzetti. F. Brigneau. Editions Denoel.

El gobernador de Massachusetts ha salido de su residencia de Rye Beach a las cinco de la mañana. Desde las siete no ha dejado de recibir delegaciones, que se suceden unas a otras cada diez minutos. Mientras escucha a sus visitantes, el gobernador permanece inmóvil, sus ojos azules fijos en un retrato de Washington. Cuando aquéllos terminan su alegato, el gobernador murmura:

—Lo siento, pero mi conducta está dictada por la ley.

Y añade, levantándose de su asiento como para dar a entender que la entrevista se ha acabado:

—La justicia seguirá su curso.

De cuando en cuando llegan telegramas. En Nueva York, en Chicago, en Boston se desarrollan mítines violentos como era de prever. Pero la policía controla la situación en todas partes.

—El siguiente.

—Son dos damas —anuncia el ujier.

Rosa Sacco y la hermana de Vanzetti entran en el despacho. Pare-

cen intimidadas y tienen lágrimas en los ojos; el abogado Masmunno, que las acompaña, se muestra también muy conmovido. Rosa Sacco se sienta en el borde de la butaca que le señalan. Es como si se preparase para caer de rodillas. El gobernador Fuller no se deja ablandar.

—Usted tiene también hijos, tiene hijos igual que yo —dice Rosa Sacco en un susurro apenas—. Es al padre al que yo me dirijo. Piedad, señor... ¡Piedad por unos inocentes!

—Yo los creo culpables.

—¡Ay!...

Rosa Sacco se hunde impotente en el sofá.

Ahora es Luigia Vanzetti quien, entre sollozos, exclama:

—Concédales al menos un plazo.

—Imposible.

Alvin Fuller se levanta.

—Lo siento. Mi conducta está dictada por la ley. La justicia seguirá su curso.

Una vez solo, descuelga el teléfono. Tiene línea directa con la prisión.

—¡Oiga!... La ejecución tendrá lugar a la hora señalada...

A las once empiezan a llegar los periodistas a la prisión. Se les acomoda en el amplio refectorio de los guardianes —contiguo al sector de los condenados a la última pena—. Allí tienen «sandwiches» de embutido y café y pasteles con que entretenerse.

—¿Qué hacen los condenados? —preguntan.

—Les están afeitando la cabeza. Vanzetti charla con el peluquero. Sacco permanece en silencio.

El electricista-verdugo entra en la celda con los trajes especiales para la ejecución: unos trajes todo negros y ajustados que dan a los que los llevan un aspecto de ratas de hotel. Vanzetti se pone el ayo sin mostrar emoción alguna, pero se observa que ya sólo habla italiano.

—El novio se está vistiendo —murmura.

El peluquero traduce sus palabras.

Un ayudante, encargado de que el mono quede bien ajustado, roza ligeramente la piel de Vanzetti. Este, poseído de un extraño furor, le rechaza brutalmente.

—¡Marica! —grita—. ¡Y te prestas a esto! ¡Marica! Si Dios existiese, ni siquiera se apiadaría de tipos como vosotros, servidores de la muerte. No quiero que me vuelvan a tocar vuestras manos inocentes. Están manchadas del fango de los amos a quienes servís.

William Hendry, director de la prisión, consulta su cronómetro. Faltan cinco minutos para que

# LA PENA DE MUERTE

Elliot, el verdugo, entre en acción. La sala de la muerte está vivamente iluminada. Las paredes están pintadas de laca blanca. Los únicos muebles son dos filas de bancos y la silla, grande, alta, de cobre casi en su totalidad. En las patas y en los brazos hay fuertes correas provistas de hebillas de un sombrío metal. Sobre el respaldo, un casco redondo rematado en la nuca por una placa circular: un electrodo. El otro quedará fijado a la pantorrilla de la pierna izquierda. En un rincón, una mesa de mármol blanco, con cuadrantes, manecillas, reostatos. Allí está Elliot, encargado de enviar dos mil voltios a nueve amperios a través del cuerpo de los condenados.

**Medianoche.**—En Boston, la multitud sigue desfilando ante las puertas del palacio del gobernador. En Nueva York, las masas han invadido la Union Square. En las calles adyacentes, el sorprendente silencio es roto ocasionalmente por el grito de alguien que ha sufrido en su cuerpo el golpe de una porra de policía. En Londres son las cinco de la mañana. Los dockers forman grupos en los muelles del puerto, y los mineros se niegan a bajar a los pozos. En Río de Janeiro, donde es la una de la mañana, cien mil personas cantan *La Internacional* frente a la Embajada de los Estados Unidos. En Tokio es pleno día, y obreros y policías provistos de porras metálicas libran salvajes combates callejeros. En Sydney, donde son las dos de la tarde, los obreros portuarios desfilan entonando cantos. En París, el Metro abre sus puertas enrejadas.

**Las doce y un minuto de la noche.**—Celestino Madeiros da los trece pasos que separan a la silla de su celda. Va custodiado por dos guardianes. Llega a la silla y se sienta sin pronunciar una sola palabra. Las luces de la prisión vacilan un segundo. Inmediatamente se retira su cuerpo, que se deposita sobre una mesa donde el cirujano procederá a la autopsia acto seguido.

**Las doce y nueve minutos.**—Aparece Sacco. Está muy pálido. Se detiene en la entrada un instante, luego avanza lentamente hacia la silla. Permanece en silencio mientras le colocan los electrodos; mira fijamente a las personalidades que se hallan sentadas en los bancos.

Grita en italiano:

—¡Viva la anarquía!

Y a continuación, en inglés:

—Adiós, esposa... Buenas noches, señores.

Luego murmura:

—Mamá.

Las luces de la prisión vuelven a temblar.

**Las doce y veintidós minutos.**—Bartolomeo Vanzetti entra en la sala con paso decidido. Dice en voz alta:

—Quiero que sepan que soy inocente. Jamás he cometido ningún crimen —pecados sí—, pero no crímenes.

Parece que quiere añadir algo. Pero el casco le impide hablar. Elliot acciona la palanca por tercera vez. Las manos de Vanzetti se aferran desesperadamente a los brazos de la silla. Las venas del cuello parece que van a estallar. A pesar de las ataduras, el cuerpo se estremece formando casi un arco. La piel adquiere de repente un color rojo oscuro, de los poros dilatados mana el sudor a chorros. Durante veinte interminables segundos, la corriente crepita. Un perodista murmura:

—Jesús, es horroroso...

Otro sufre un desvanecimiento, se desploma.

Los diarios franceses aparecen con dos horas de retraso para po-

der publicar los despachos de las agencias.

Charles Maurras comenta así la ejecución en *L'Action Française*: «La acción que se ha seguido contra Sacco y Vanzetti es pura y llanamente repugnante. No se trata ya de saber si los condenados son culpables o inocentes, aunque son muchos los que aseguran que "todo habla a favor de su inocencia". Lo que de verdad importa es que esos hombres llevaban siete años viviendo bajo la amenaza de una muerte inminente, y no se concibe que, en un país civilizado, puede infligirse semejante tortura a unas criaturas humanas. Estos procedimientos americanos son una pura salvajada».

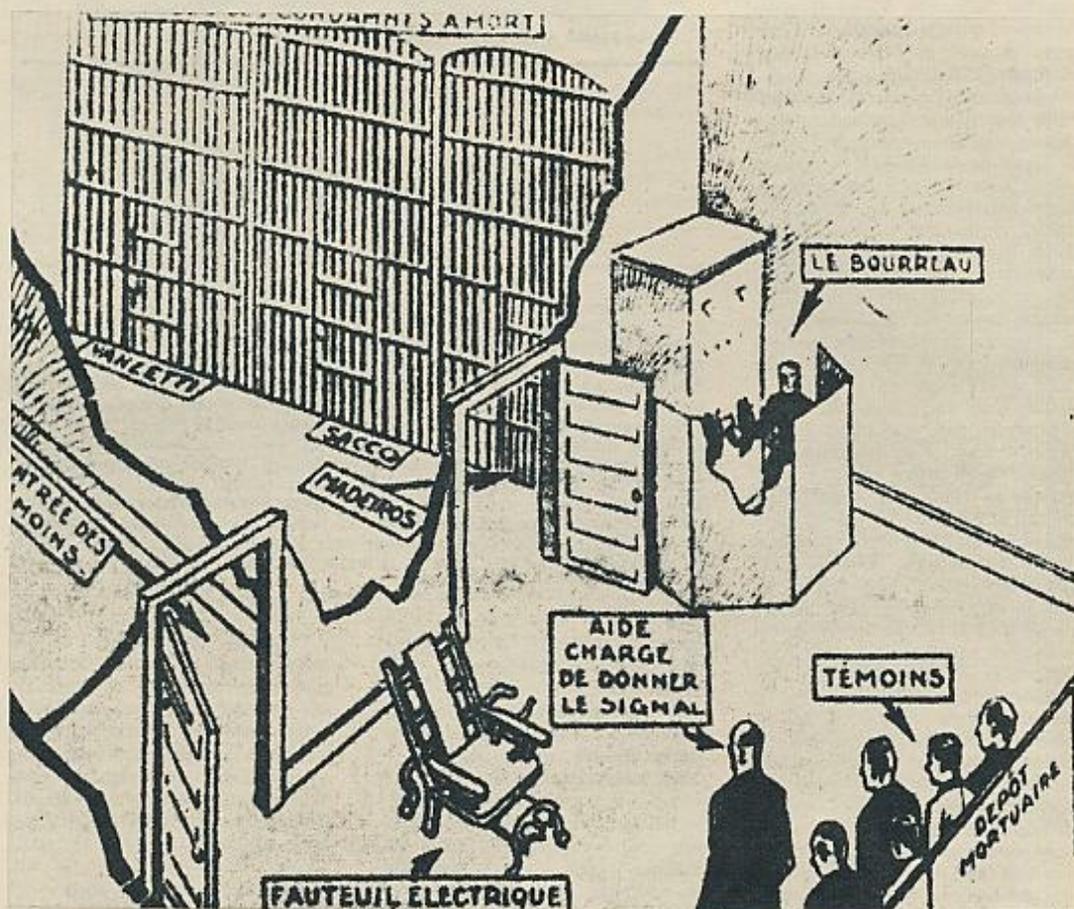
Vaillant-Couturier se desahoga en *L'Humanité*: «¡Día de luto y de cólera!... La justicia clasista acaba de eliminar a Sacco y a Vanzetti. Porque eran militantes obreros. Porque eran inocentes. Porque el dólar es infalible. Porque el capitalismo americano siempre tiene razón, hasta en el crimen».

Es la señal para la batalla. En edición especial, *L'Humanité* invita a los proletarios a lanzarse a los bulevares tocados de sombreros en

vez de boinas para no ser reconocidos por la Policía.

A las diez de la noche, París parece un campo de batalla. En el bulevar Sebastopol, grupos de choque provistos de barras metálicas destrozan las verjas protectoras de los árboles, vuelcan los quioscos de periódicos, saquean las tiendas. Se lucha utilizando como armas lo que se tiene más a mano: sifones, mesas... En el bulevar Poissonnière se oyen algunos tiros. En el Château-d'Eau, alguien lanza una granada contra un coche de la Policía. En el bulevar de Clichy, los árboles, arrancados de cuajo, obstruyen la calzada. Entre los establecimientos saqueados están el café Tortoni, el café Inglés, el hotel Chambord, una agencia de automóviles ubicada en la esquina de la calle Arsène-Houssaye. La tumba del Soldado Desconocido, bajo el Arco del Triunfo, es profanada por la multitud.

Sacco y Vanzetti, dos italianos desconocidos, promovidos a la dignidad de mártires, han desencadenado en el mundo entero los mayores disturbios de toda la posguerra.



En este diseño, correspondiente a la ejecución de Sacco y Vanzetti, puede observarse las celdas de los condenados, el verdugo, los testigos, el encargado de dar la orden y la silla eléctrica.